

A comienzos de los ochenta, el secretario de relaciones exteriores Jorge Castañeda medió entre Cuba y Estados Unidos, para mejorar la relación entre los dos países. Por su iniciativa, el secretario de estado, general Alexander Haig, y Carlos Rafael Rodríguez, en ese entonces número dos de la jerarquía cubana, sostuvieron discretos encuentros en pos de un entendimiento. Veintitantos años más tarde, y desde esa misma posición en el gobierno de México Jorge G. Castañeda ha contribuido a exacerbar la animosidad entre las dos naciones.

Don Jorge, canciller de 1979 a 1982, muerto en 1997, no se engañaba sobre la actitud de Estados Unidos frente a América Latina y nuestro país. Apenas un año antes de asumir la titularidad en Tlatelolco había escrito esta muestra de realismo no mágico sino trágico:

“Descuento del todo y no doy ningún crédito a una buena voluntad, simpatía o consideraciones morales por parte de Estados Unidos, intempestivamente descubiertas o redescubiertas, que pudieran cambiar su actitud básica hacia México. Su historia pasada frente a nosotros, su prepotencia y egoismo actuales y el momento acentuadamente conservador que hoy vive la sociedad norteamericana, simplemente no tolerarían ese cambio. Las grandes potencias actúan como grandes potencias. La naturaleza de nuestras relaciones mutuas depende esencialmente de la actitud y conducta de México”.

Cuando se preparaba la reunión Norte-Sur, a que convocaron Austria y México, a mediados de 1981 el presidente Reagan dijo claramente que no acudiría a la cita de Cancún si Cuba estaba presente. El Presidente Castro había manifestado su interés por cruzar el Caribe y participar en aquella cumbre. Con claridad el canciller Castañeda le pidió comprensión para no convidarlo, pues era indispensable la presencia norteamericana. Castro no fue insensible al planteamiento franco y dejó de insistir en ser invitado. Poco después de la junta de Cancún, López Portillo y Castro se encontraron en Cozumel, sin resentimiento alguno.

Por aquellos años Jorge G. Castañeda había vuelto a México tras doctorarse en economía en la Universidad de París. Había vivido la mayor parte del tiempo fuera de México, debido al itinerario profesional de su padre. Se incorporó a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y al Partido Comunista, simultáneamente, en 1979, al mismo tiempo que don Jorge coronaba su carrera ascendiendo a secretario de relaciones exteriores. A sus veintisiete años, Jorge G. recibió de su padre oportunidades de participación informal en tareas propias de la cancillería. Durante su estancia en

París, había entablado relación con Regis Debray, el intelectual que hizo la guerrilla en Bolivia, junto con el Che. Quizá de allí derivó el interés del joven doctor por la insurgencia armada, que se fortaleció cuando enhebró, fuera de los conductos formales, un acuerdo con Francia para contribuir a la pacificación de El Salvador, presa entonces de una cruenta y cruel guerra civil. También se interesó en la revolución cubana, Muy bien considerado el canciller mexicano en La Habana, su hijo y su secretario privado Mauricio Toussaint, hoy oficial mayor de la SRE, fueron por lo menos una vez recibidos con atención afectuosa: las fotos publicadas por *Reforma* el miércoles 27 los muestra no sólo practicantes de tiro, sino ataviados como milicianos.

Cuando don Jorge fue designado embajador en París, su hijo permaneció en México y se interesó en los Estados Unidos y en la relación entre México y ese país. Comenzó entonces su etapa de estancias largas en universidades y otros centros de reflexión norteamericanos, comenzando con la fundación Carnegie de 1985 a 1987. Ocupado de más en más en el análisis de la política mexicana, se inició también como activista en ese campo, a través de agrupaciones civiles.

También por entonces dirigió su interés al desarrollo de la izquierda latinoamericana, a sus “intrigas, dilemas y promesas”. El resultado de sus investigaciones y análisis fue *La utopía desarmada*. Dedicó un capítulo, “El crisol cubano”, a la influencia de la Revolución isleña en las movilizaciones de las tres décadas anteriores a la aparición de su libro, en 1993. Centró su atención en el papel de Barbarroja, como era conocido Manuel Piñeiro, un alto funcionario cubano a quien entre broma y veras se llamó Ministro de la Revolución, pues era el encargado del enlace con los movimientos insurgentes a los que La Habana propició. Buena parte de la información de ese capítulo la obtuvo Castañeda de conversaciones con funcionarios cubanos, particularmente Piñeiro mismo, a quien pinta con áspero pincel:

En los primeros años de la Revolución “Piñeiro adquirió su reputación de hombre de línea dura y represiva, con un estilo de vida ostentoso”, si bien cuando lo visitó en 1987 Barbarroja habitaba “una vivienda sencilla y modesta, similar a la de cualquier profesionista cubano de nivel medio”. A Piñeiro no le gustó verse retratado de ese modo, ni al gobierno cubano el relato de sus patrocinios revolucionarios. De modo que cuando se encontraron en enero de 1995, en La Habana, Piñeiro dejó a Castañeda con la mano tendida cuando éste pretendió saludarlo.

No sólo eso, sino que contribuyó a que no se recibiera al autor, que iniciaba su investigación sobre la vida del Che Guevara, justo cuando su amigo Paco Ignacio Taibo II había publicado el resultado de ese mismo interés suyo. Cuando en ese 1995 apareció la segunda edición de *La utopía*, en el nuevo prólogo Castañeda se mofó de la paternidad revolucionaria cubana hablando de “cónclaves conspiratorios en las casas de

protocolo del Laguito en La Habana donde se planeaban gloriosos asaltos al cielo en nombre de masas jamás consultadas, raras veces visitadas”.

La biografía del Che, la interpretación de Castañeda sobre su alejamiento con Fidel Castro y sobre la demora de éste en reaccionar frente al peligro en que finalmente pereció el guerrillero argentino, irritaron aun más a los dirigentes cubanos contra un castañeda cada vez más crítico de la Revolución Cubana. Esa relación no era distinta de la que se produjo en varios casos entre antiguos partidarios de Castro convertidos, por una variedad de móviles, incluida la buena fe y el deterioro de la situación cubana, en censores de la promesa en que creyeron o de que se beneficiaron.

Pero he aquí que Castañeda pasó de ser un intelectual, un profesor, periodista y autor crecientemente reconocido, a canciller de la república mexicana. Luego de acercarse sin éxito a la candidatura presidencial, carente también de buena fortuna, de Cuauhtémoc Cárdenas, Castañeda se había aproximado a Vicente Fox, a cuya estrategia e imagen contribuyó notoriamente. En vísperas electorales, explicó las razones de su mudanza:

“...para mi lo más importante en una elección es ganar, sobre todo en una elección de tipo plebiscitario: entre un sí o un no, lo que importa es ganar...Esta elección no es sobre principios. No se trata de ver qué principios suscribe uno o no en esta coyuntura, no en abstracto y para toda la vida: en esta elección, en esta coyuntura, en este país...es un referéndum entre el cambio y el no cambio. No es un concurso de belleza entre candidatos, plataformas, programas y principios”.

Sobre ese pragmatismo montó Castañeda su proyecto político, claramente integrado por dos vertientes que convergen pero son distintas aunque también contradictorias. Por una parte, se trata de una conversión de la diplomacia, para alejarla de la retórica priísta y hacerla activa y no pasiva como asegura Castañeda era la del antiguo régimen. Por otro lado, el secretario está construyendo su propia plataforma, no para apoyar su actuación en la cancillería, sino para crear un espacio político propicio a su propósito que, según *The New York Times*, es alcanzar la presidencia de la república.

Se percibió ese intento desde el principio. Hizo nombrar embajadores a políticos susceptibles de dejar los partidos en que militaban, o que los habían ya abandonado, incluidos priístas como Agustín Basave y Miguel Ángel Orozco (acusado por el PAN de defraudador electoral), el perredista Ricardo Pascoe y su ex correligionario Ricardo Valero. Nombró subsecretaria a Patricia Olamendi, también ex perredista, y otorgó el mismo cargo a Mariclaire Acosta, activista de derechos humanos y promotora del voto útil, luego de un enfrentamiento con el Senado cuando quiso asignarle rango y funciones de embajadora.

Siempre factor principal de la diplomacia mexicana, la relación de México con Estados Unidos, no podía ser de otro modo en el gobierno de Fox y en la era de la

unipolaridad. Castañeda le imprimió, sin embargo, un énfasis particular. Aun antes del 11 de septiembre su adhesión a los objetivos de Washington en todos los terrenos era absoluta, algo impensable en quien había combatido con persistencia y sólida argumentación el tratado de libre comercio entre los dos países. Toda proporción guardada, hizo en febrero, apenas diez semanas después de su ascensión, su viaje a Canosa: se rindió en Washington ante el rabioso senador Jesse Helms, epítome del conservadurismo, a quien meses después recibiría en México como viejos amigos.

En febrero mismo, en su primera salida al exterior, el presidente Bush puso en su lugar a sus obsecuentes nuevos amigos: visitó a Fox en su rancho, pero privó de toda importancia al encuentro inicial cuando su aviación bombardeó ese mismo día a Irak. En vez de alguna forma de reproche ante la descortesía, Tlatelolco emitió un comunicado de apoyo al ataque.

En marzo inauguró Castañeda una línea de acción en apariencia desconectada de su política hacia Washington, en realidad parte de ella. Acudió personalmente, como lo hizo este miércoles, a la inauguración del periodo de sesiones de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU. Anunció que México ya no comparte la tesis de “que la defensa y la promoción de los derechos humanos constituyen asuntos internos de cada país que no deben sujetarse al escrutinio internacional”, y proclamó, al contrario, que “en tanto que valores universales, la situación de los derechos humanos en cualquier Estado es una preocupación legítima de la comunidad internacional en su conjunto”.

Era el marco para lo que intentaría después: el voto en favor de una resolución condenatoria a Cuba, auspiciada como ha solido ocurrir, por Estados Unidos a través de interposición gobierno. De esa manera Castañeda mataba dos pájaros de un tiro: daba rienda suelta a sus impulsos personales y servía al interés de Washington. La expresa posición del Senado impidió entonces el voto en contra de Cuba. La abstención respectiva, sin embargo, fue explicada en el tono más parecido a la condena. El canciller Felipe Pérez Roque se encolerizó y tachó a México de conspirador. Está ardido, explicó su colega mexicano, en el lenguaje coloquial propio de su jefe, al que desde su intelectualidad rinde de ese modo homenaje.

Imaginada para pronto, la visita de Fox a Cuba se demoró por esos episodios. Como gobernador de Guanajuato, el ahora Presidente había estado en La Habana, de donde regresó hablando maravillas. Un día, en una comida en el periódico Reforma, Sergio Aguayo pidió a Fox que contuviera su entusiasmo por algunos logros de aquel país. Le hizo caso. Pero más a su canciller, de manera que la prevista gira tuvo lugar entre reticencias.

A la tensión entre los dos países se había añadido la causada por el ataque terrorista del 11 de septiembre. Una semana atrás Fox y Castañeda habían conseguido su

propósito de hacer de México el aliado favorito de Estados Unidos. Para su infortunio, y para desgracia de todos, la brutal agresión contra Nueva York y Washington, modificó de raíz las preferencias norteamericanas. Para controlar el daño, Castañeda se apresuró a dejar constancia de su lealtad inequívoca. Proclamó el derecho norteamericano a ejercer represalias, equivalente en el derecho internacional a la venganza privada, vitanda y punida por la legislación penal. La Casa Blanca fue más prudente que su entusiasta apoyador, y reclamó en su apoyo la legalidad internacional en acción que por supuesto nadie regateó.

Con pleno derecho, Fox recibió a opositores cubanos a Fidel Castro en la embajada mexicana. Pero lo anunció a su anfitrión a última hora, algo tan contrario a las normas como la intempestiva aceptación del líder cubano a participar en la Cumbre de Monterrey, breve anticipación que tanto se le objetó. La impertinencia del encuentro presidencial --hubiera sido el propio Castañeda quien recibiera a los disidentes-- se completó con las imprudentes palabras del canciller en Miami, semanas después. Su incontinencia verbal fue aprovechada para construir un incidente diplomático en que nadie quedó bien parado y que agudizó las mutuas suspicacias entre los gobiernos.

A diferencia de su padre, Castañeda no ventiló con Castro o Pérez Roque el aprieto en que se hallaba, por la indisposición del Presidente Bush de encontrarse con el dirigente cubano en Monterrey. No estaba en condiciones de hacerlo, por los antecedentes remotos y cercanos.

Veremos cómo se refleja todo eso en el voto mexicano en Ginebra, en las próximas semanas.